

Como ya afirmado, estamos frente a un libro que, además de ampliar el conjunto de los estudios povedanos, nos da pautas esenciales en la comprensión y vivencia de una espiritualidad laical cristiana. FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, OCD

3. LÓPEZ-BARALT, L., *La cima del éxtasis y una fuente infinita en Medina al-Zahra*, Madrid: Trotta, 2014, 239 pp., 15 x 23,5 cm.

La profesora puertorriqueña Luce López-Baralt nos ofrece una nueva obra en su ya dilatada trayectoria editorial.

No estamos, en esta ocasión, ante un estudio de crítica literaria, campo habitual de las publicaciones de esta experta en hispanismo, arabismo y literatura comparada. No es lo mismo hablar del fuego que quemarse: su último libro está dedicado a narrar su propia experiencia mística, en primera persona. La autora ha necesitado décadas para atreverse a dar a la imprenta estas vivencias y la reflexión que le suscitan.

Paso previo fue su poemario *Luz sobre luz*, publicado también por Trotta en 2014. Pero Luce considera que la lírica no deja de ser un género ambiguo, que revela pero también oculta la experiencia real. Y se sintió finalmente urgida a ex-

presarse sin ambages, en el ensayo que nos ocupa.

*La cima del éxtasis* es un libro de carácter testimonial, con el que la autora busca compartir lo vivido y también celebrarlo. Las lecturas que ha ido haciendo a lo largo de su vida, de textos místicos de muchas culturas le han ayudado a entender mejor su experiencia.

Con todo, el libro se abre con la constatación de todos los místicos: la insuficiencia del lenguaje. Como la misma Teresa de Jesús, Luce se siente impactada ante la contemplación de una belleza que no puede describir (4M 4,8), y sostiene que experimentó «la misma vivencia mística, atorbellinada e indecible, de la Reformadora».

Encontraremos aquí el relato de lo que ella llama un «éxtasis transformante», que le permitió conocer los atributos de Dios, entre los que destaca, sobre todos, el Amor con mayúsculas. Y, aun así, supo que su alma estaba experimentando tan solo un ápice de la infinitud de Dios.

El hecho sucedió durante una clase, en la que explicaba a san Juan de la Cruz a un grupo reducido de alumnos. Duró solo unos instantes, pero en ese tiempo de iluminación le fue dado entender que «todo en el Universo está interrelacionado, sustentado y redimido en la Unicidad última del Amor». Dios se le manifiesta «como un torbellino de alegría», como un «abrazo abisal».

Juan de la Cruz afirma que Dios se comunica al alma «boca a boca», y Teresa dice que «no son menester terceros». Así lo hizo con nuestra autora.

El símbolo o la imagen no pueden expresar la inmensidad de Dios, pero son el único camino para darlo a entender, la única alternativa frente al silencio ante la experiencia mística. Luce recurre a un símbolo para expresar la inmensidad de esa experiencia, y su dinamicidad: la legendaria fuente de mercurio del recibidor de Abderramán III, en el palacio califal de la antigua Medina-Al-Zahara' en Córdoba. Atraída por la hermosura del recibidor, lo utiliza como símbolo, ya que el arte es capaz de expresar mejor que la razón las vivencias místicas. Este recibidor, cantado por los poetas, es mitad realidad, mitad leyenda.

También intenta mostrar su vivencia por medio de motivos geométricos, como los mandalas o arabescos (se sirve de ilustraciones para ello), ahora que es capaz de comprender su significado esotérico.

Como bien había reiterado Teresa de Jesús, el éxtasis transformante produce el autoconocimiento: nos hace saber que nuestra esencia es transcendente.

La nota predominante de la vivencia mística es la reconciliación, y la unión por el amor a Dios y a

todos los seres del universo. Y exclama convencida: «Ya sé lo que es el cielo», aunque, como hemos señalado, tardó décadas en asumir lo sucedido. Tras su experiencia, decidió someterse al psicoanálisis porque no podía permitir que ninguna sombra de duda empañara sus vivencias espirituales. También se valió de la ayuda de sus consejeros espirituales. Finalmente, pudo atreverse a ponerlo por escrito para, finalmente, hacerlo público.

Luce hace referencia a la particular tesitura que tuvo su experiencia, y que le ayudó a reconocerla en distintas corrientes espirituales. Se trata de una experiencia, a la vez, dinámica e increíblemente armonizadora. Ella experimenta, como los místicos carmelitas, que «si no se traduce en amor y servicio a los demás, el goce extático no tiene sentido. Más aún, podría resultar dudoso».

El místico comprende que las religiones «no agotan la plenitud del Misterio». Dios trasciende todas las revelaciones.

Destaco uno de los capítulos, el sexto, que está dedicado a la alegría, a la felicidad y la gratitud con que vive, que hizo exclamar a su amigo el poeta Ernesto Cardenal: «Vos sos una mística del júbilo». Luce nunca se planteó que esta experiencia le hubiera de conducir a adoptar una vida monacal. Se siente, y lo repite en distintos momentos del libro, felizmente casada.

También dedica una serie de páginas a dar testimonio de la felicidad del prójimo, de la enorme lección que ha recibido de tantos seres que son ejemplo de alegría y equilibrio emocional y espiritual, a veces heroico, en medio de tantas penalidades.

La exploración de su propia experiencia mística ha sido el objeto de este libro, con el que ella se ha convertido, según sus propias palabras, en «Escriba del Infinito».

Llama la atención la valentía de Luce a la hora de dejarnos este escrito. Tiene razón cuando afirma que estas páginas las considera las más difíciles de su vida. MARÍA JOSÉ PÉREZ GONZÁLEZ, OCD.

4. URÍBARRI BILBAO, G. (ed.), *Dogmática ignaciana. «Bucar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]*, Bilbao-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018, 573 pp., 16 x 22 cm.

Desde el momento en que vi anunciada la publicación de esta obra, me pareció que podía ser un proyecto interesante. Porque estoy convencido de que hay que hacer este tipo de trabajos, aunque no siempre sea fácil llevarlos a cabo.

En primer lugar, me parece importante no olvidar que todos los grandes santos y místicos cristianos del pasado tienen en el origen, y

como fondo, de sus enseñanzas una *fides ex auditu*, una fe recibida; y una fe asimilada, pensada y vivida, es decir, una teología: la cristiana, sin duda. Hay que tener en cuenta, además, que cada uno tiene mucho de la visión teológica de su propio tiempo. Pero igualmente que, desde su fe vivida y testimoniada, de alguna manera han aportado nuevas perspectivas para la comprensión del misterio y la fe cristiana en su conjunto.

Responsabilidad nuestra es saber descubrir en ellos las posibles aportaciones que encierran y pueden ofrecernos también a nosotros hoy; y hacerlo contando con las claves hermenéuticas que la reflexión teológica del momento actual nos ofrece. El actual cardenal Ladaria escribió en su libro *La Trinidad, misterio de comunión*: «Nunca será superfluo para la teología prestar atención a los santos y a los autores espirituales. Aunque seamos bien conscientes de la diferencia de los géneros literarios, la voz de quienes han tenido una profunda experiencia de Dios es una fuente para enriquecer la reflexión creyente sobre el misterio» (Salamanca, 2007, 133).

Por lo dicho hasta aquí, el título del presente volumen me parece acertado. Me consta, sin embargo, que a algunos la palabra «dogmática» les ha podido parecer algo excesiva. Sin embargo, en mi opinión, es importante lanzarse a empresas